

Presencia del analista- presencia del sexo

Es cierto, como ya se señaló en un trabajo anterior, que el término presencia está cargado de resonancias metafísicas e incluso teológicas. Si le damos crédito a Derrida en su trabajo sobre Heidegger (*Ousia y gramme*, Nota sobre una nota de *Sein und Zeit*, en *Márgenes de la filosofía*), debemos aceptar que no sólo las nociones de espacio y tiempo propios de nuestro pensar sino la mayor parte de los conceptos mayores que conforman la metafísica –de Aristóteles a Heidegger, inclusive- están o sostenidos o atravesados por esta noción. Cito, simplemente para incitar a leer un trabajo por cierto bastante complejo pero que me interesó sobre todo como advertencia del tipo de problemas que se anudan en este término, sólo algunos párrafos y no siguiendo estrictamente la lógica del texto sino simplemente como modo de ilustrar lo antedicho : “No se puede, pues, destruir la ontología tradicional más que respetando e interrogando su relación con el problema del tiempo.”... “Lo que, en el orden ontológico-temporal quiere decir ‘presencia’ (*Anwesenheit*) es ‘la determinación del sentido del ser como parousia o como ousia. El existente es captado en su ser como ‘presencia’ (*Anwesenheit*), es decir, que es comprendido por referencia a un modo determinado del tiempo, el ‘presente’ (*Gegenwart*).” “De Parménides a Husserl, el presente no ha sido puesto en tela de juicio.” “Con la tesis de Hegel: el espacio ‘es’ el tiempo, concuerda en su resultado la concepción de Bergson, a pesar de todas las diferencias que separan sus justificaciones; Bergson no hace sino dar la vuelta a la proposición: El tiempo...es espacio.” Y por último: “El ser es lo que es. La *ousia* es, pues, pensada a partir de *esti*. El privilegio de la tercera persona del presente del indicativo revela aquí toda su significación historial. El ser, el presente, el ahora, la substancia, la esencia, están ligados, en su sentido, a la forma del participio presente. Y el paso al sustantivo, podríamos mostrarlo, supone recurrir a la tercera persona. Será lo mismo, más tarde, para esa forma de la presencia que es ‘la conciencia’.”

Ahora bien, ¿acaso no sucede esto con muchos de los términos de la teoría, no sucede que vienen con la carga de la herencia griega, occidental, filosófica? ¿Y que justamente el interés que ofrece el discurso de Lacan -tanto como el de Freud-, es el de mostrar que, el psicoanálisis y la experiencia del análisis, permitirían pensar estas cuestiones no *more metaphysico*, sino *more analítico*?

El término presencia no connota el mismo sentido cada vez que aparece, ya sea en los Escritos o a lo largo de la enseñanza del Seminario. Ya que su sentido no puede aislarse del conjunto de problemas que Lacan aborda, del modo en que éstos son abordados así como de qué aspectos de la experiencia adquieren valor privilegiado de acentuación. Es evidente que en los primeros seminarios el término presencia aparece asociado a esos momentos, resistenciales, en que el análisis se configura sobre el molde de la relación imaginaria al otro especular, al semejante. De donde resultará, obviamente, la conclusión de que esta presencia deberá ser reducida al mínimo, para que el análisis prosiga. Así pensada, presencia y analista, o más aun, presencia de analista, resulta ser un oxímoron. Si hay presencia, no hay analista, hay otro especular, si hay analista, lo habrá al precio del mayor ausentamiento posible de su presencia. Es una manera de pensar el análisis, la neutralidad, la abstinencia, regida por una concepción de la transferencia como intersubjetividad, en la que lo que hará función de corte será la palabra, en su condición simbólica de terceridad.

Será Lacan mismo quien cuestione ésta, su posición respecto a la transferencia hasta el momento. A partir del Seminario VIII, Lacan rectifica su posición y la idea de la transferencia como intersubjetividad será desplazada por la idea de que ésta se ordena y organiza alrededor de una disparidad subjetiva radical. Esto no implica que el término presencia desaparezca de las reflexiones de Lacan pero sí supone que aquello que este término connota sufrirá a su vez un desplazamiento de sentido.

Es en la articulación de la transferencia como equivalente a la instauración del SsS y en una basculación entre esta instauración y el acto analítico que se orienta en el sentido de conmocionar la existencia de esta suposición, que la presencia del analista habrá de ser ahora pensada. (Respecto del SsS y lo que el acto conmueve de ello, no son equivalentes los destinos de los dos términos que relaciona la suposición. El saber mostrará sus puntos de falla y estos puntos de falla son los que se nombran, en posición disjunta respecto de la articulación de saber, como verdad. El sujeto, como deseante, indicado en las marcas de enunciación, será destituido de su lugar ya que su lugar es el de resistencia a un saber acéfalo de sujeto, el de la pulsión y el goce).

Lacan nos ha enseñado a pensar las cuestiones del análisis en términos de estructura. Desde esta perspectiva, el SsS, operación que sostiene la transferencia, es una equivocación, siendo su verdad el objeto a como causa del deseo, verdad que está operando (según lo desarrollado minuciosamente en el Seminario del Acto) desde el inicio. Pero si bien es pertinente plantear las cosas de esta manera no lo es menos resaltar el hecho de que un análisis, para efectivizarse, para ser efectivo, se desarrolla en tiempos. Pienso entonces en diferentes dimensiones de la presencia del analista según los tiempos del análisis.

Para que un análisis sea realizado se requiere de la presencia del analizante, de su cuerpo trasladándose hasta el lugar de la sesión analítica y de su palabra, la cual, articulada en los inicios bajo la forma de lo que lo aqueja en los síntomas, irá anudándose progresivamente en relación y respecto de la persona del analista. Es lo que técnicamente denominamos “neurosis de transferencia”, instauración que lleva su tiempo. Pero para que este proceso se despliegue no es menos requisito que el analista esté presente. Que haya acto de presencia. ¿En qué consiste esta presencia? Aunque resulte obvio es importante remarcar que si el discurso va anudándose alrededor del analista es importante que el analista “esté ahí, en su lugar”. Haga acto de presencia, no sólo recibiendo al analizante sino recibiendo su palabra y sosteniendo la transferencia de la que es objeto. No es lícito, aunque sea cierto, sostenerse en la posición de “Yo no soy ése que Ud. cree”, posición que responde a los registros imaginario/simbólico de la transferencia, porque esa posición es un evitamiento, cuando no un rechazo, de la transferencia en lo que este amor, y odio, tienen de real. (De allí que sea cuestionable la idea de que se puede continuar un análisis con otro analista. En rigor de verdad, cada análisis es singular; no sólo para el psicoanalista cada transferencia lo es, esto también es válido para el analizante).

La presencia del analista se delimita porque para él está excluido no estar allí. Ahora bien, esta presencia tiene un carácter particular. Freud llamó al modo de la presencia del analista “atención flotante”. Es la forma de presencia que se requiere del analista para que éste esté en condiciones de recibir la demanda que el analizante le dirige y el mensaje que esta demanda porta. El analista, incauto, dejándose llevar por la literalidad, lee la letra del decir del analizante, eso que, por estructura, a éste se le pierde, se le escapa. Así entendemos la cita del Seminario XI: “...la diferencia que asegura la más

segura subsistencia del campo de Freud es que el campo freudiano es un campo que, por su naturaleza, se pierde. Aquí es donde **la presencia del psicoanalista es irreductible**, como testigo, de esa pérdida.” ¿Por qué testigo? Porque dice, en su interpretación, algo que indica el lugar de enunciación de ese que habla, cosa imposible de decir para el hablante mismo. (“Que se diga, queda olvidado...”) Es por eso que no puede haber autoanálisis y es por eso mismo que la presencia del psicoanalista es irreductible. Allí, para atestiguar de lo olvidado, de aquello siempre exterior respecto a lo que se dice, se requiere la presencia del analista, presencia a cuyo cargo quedará relevar la dimensión de enunciación. Ahora bien, si esta presencia irreductible atestigua de algo, lo hace de lo que es la estructura misma del acto significativo, por eso **esta presencia es ininterpretable**, ya que no se interpreta la estructura; en todo caso se interpretan, algunos, tampoco todos, de sus efectos.

Lo que Freud pensara como la forma particular en que el analista está presente, la atención flotante, encuentra cierta equivalencia en el discurso de Lacan cuando éste reserva, para el analista, el lugar del “no pienso”. El analista queda arrinconado en ese lugar (si se pone a pensar ya no está en su lugar, sustrae su presencia de analista) y ese acto de presencia que lo precipita en el ser, en un falso ser, es lo que el psicoanalista ofrece al analizante como soporte del objeto “a”. “Cuando hablo del “falso ser” no se trata del ser engreído de lo imaginario. **Se trata de algo por debajo que le da su lugar.** Se trata de “no pienso” en su necesidad estructurante, en tanto que inscripto en este lugar de partida sin el cual no hubiéramos podido, el año pasado, articular nada de la lógica del fantasma.”. (Clase del 10 de enero de 1968. Seminario del Acto). Dos párrafos antes de esto que acabo de citar Lacan ha aclarado, a propósito del falso ser, que es el de todos nosotros y que hay que distinguir dos falsedades distintas. Para pasar inmediatamente a diferenciar el amor narcisista de la libido objetal. Me parece que esto se corresponde a dos modos de la presencia del analista, como semejante, y como aquél que, según lo desarrollado más arriba, si no sustrae su presencia a la incitación transferencial, quedará tomado en esta transferencia como soporte del objeto del cual, en el fantasma, el sujeto está agarrado.

Ahora bien, descartado que el analista se presente como semejante especular, tampoco se trata de eternizarse en hacerse soporte del objeto del fantasma. Porque el analizante debe perder este objeto, para tener, digámoslo así, una relación un poco menos neurótica con su deseo, perderlo en la experiencia del análisis, lo que implica también perder el análisis, terminarlo, llevarlo a su fin. No es tan fácil esta cuestión del fin del análisis y esto aparece dicho de diferentes maneras, ya sea de una manera pretendidamente más rigurosa cuando se dice que no hay matema del fin del análisis, ya sea lo que se puede leer en algunos testimonios por ejemplo en *Quartier Lacan* respecto a que el analista no puede garantizar que un análisis haya concluido.

¿Es posible situar algún modo de la presencia del analista relativa a lo que denominamos fin de análisis? ¿Es posible que este “**algo por debajo**” que da su lugar al i(a) como al objeto **a** se presente de alguna manera? Para abordar algo en este sentido no encuentro otra manera que hacer un rodeo por la cuestión del saber y la objeción, la falla, que esos puntos en que el sujeto habrá de confrontarse con su ser en tanto sexuado, hacen a este saber. Verdad de la cual, si se ha hecho realmente experiencia de ella, resultará una posición subvertida en relación al saber. Cuando insistimos en que el analista, en su interpretación, deberá tomar en cuenta los significantes que conciernen al analizante, ¿no es que puede hacerlo por esta particular relación a lo absolutamente *heteros*, relación aprendida en su propio análisis, relación que lo ha colocado en otra posición respecto del saber permitiéndole también deponer su narcisismo? ¿Y no deja pasar, en su acto, sin saberlo, algo que indica este *heteros*, esta alteridad, esto que Lacan

nombra “la presencia del sexo como tal, entendiéndolo en el sentido en que lo presenta el ser que habla, como femenino”? Pero más aun, ¿no deja pasar, también, su carácter de radicalmente *heteros*, el de él (o ella) como otro respecto de ese que lleva a cabo su análisis con él? ¿Y ese “**algo por debajo**” no es una referencia al cuerpo, al cuerpo en que se anudan las pulsiones pero también a la consistencia corporal en tanto cuerpo sexuado?

En el “Discurso de clausura de las Jornadas sobre psicosis infantil” Lacan sostiene que lo que instituye la entrada en el psicoanálisis proviene de la dificultad del ser-para-el-sexo.” E indica que, “ sólo al término del acto analítico la castración adquiere forma, pero cubierta por el hecho de que en ese momento el compañero se reduce a lo que yo llamo el objeto a. Es decir que el ser-para-el-sexo se ha de ensayar en otra parte.” Es la instauración de un límite en el análisis, un límite que no es a franquear. Es la liquidación de la transferencia, reestablecimiento de la demanda en su relación a la pulsión. ¿Es que no hay en la instauración de este límite otra vez presencia del analista como semejante, pero esta vez de otra manera? Ya no el semejante tomado en la relación especular con la tensión agresiva que le es propia sino uno y otro uno (que no hacen dos) y entre ellos, eso mismo que los separa: la alteridad del sexo, del goce, lo que se anota como objeto a, causa del deseo.

No es fácil indicar la forma en que de esto se hace experiencia ya que, llegados estos momentos, cesan las asociaciones. Sí creo que es posible indicar que no se llegará nunca a este punto si se da primacía absoluta al inconsciente y la interpretación, haciendo del análisis un proceso sin término. La dimensión simbólica de la transferencia no es toda la transferencia. Ya Freud indicó que lo más difícil era el manejo de la transferencia misma, creemos leer allí una referencia a lo real de la transferencia, allí donde se toca el cuerpo y las pasiones, la transferencia negativa en su doble vertiente, erótica y de odio. Enamoramiento. No es fácil hablar de esta dimensión de la experiencia, por otro lado la más real. Cierta pudor, cierta timidez toman la forma de una inhibición. Porque en esta dimensión el analista ya no es tan sólo una función, la abstinencia no se entiende como un “prohibido para el analista cualquier cosa que no sea interpretar” y la neutralidad vacila.

En el Seminario “El deseo y su interpretación”, Lacan dedica muchas clases del seminario a analizar un sueño de un paciente de Ella Sharpe. “Soñé que hacía un viaje con mi esposa alrededor del mundo, y llegábamos a Checoslovaquia, donde sucedían toda clase de cosas. Encontré una mujer en un camino, un camino que ahora me hace pensar en el que le describí en los dos sueños recientes en los cuales me dedicaba a juegos sexuales con una mujer en presencia de otra...” Es el paciente que tose antes de entrar al consultorio de su analista, avisándole que ha llegado, tos que queda asociada a la fantasía de ladrar como un perro para ocultar su presencia en un lugar en que se suponía no debía estar. El análisis, tanto de Ella Sharpe, como de Lacan es muy exhaustivo pero, para esta ocasión, lo que me importa remarcar es la interpretación de Lacan en el sentido de que toda la neurosis de este paciente está organizada alrededor de su preservación del falo, que Lacan lee en la figura de su mujer, así como, en transferencia, en la figura de la analista. El problema de este paciente, según Lacan, y en esto difiere de Ella Sharpe, es que está detenido y lo está por su dificultad en “poner en juego la dama”. Poner en juego el falo, perderlo, para poder así tenerlo. Pero también, y sobre todo, conmover este lugar de identificación en que mujer y falo quedan identificados para él, conmoción que revelaría la castración del Otro.

Dice Lacan, en la clase 12 lo siguiente: “El sujeto no tiene, incluso él mismo, que arriesgar el falo, porque él está enteramente en juego en un rincón donde nadie podría

soñar buscarlo. El sujeto no llega a decir que él está en la mujer y que, sin embargo, es en la mujer donde él es.

Quiero decir que es por eso que Ella Sharpe está ahí. No es especialmente inoportuno que ella sea mujer. Eso podría ser completamente oportuno si ella se diera cuenta de lo que hay que decir al sujeto, a saber, que ella está ahí como una mujer, y que eso plantea preguntas, que el sujeto ose ante ella, pleitear su causa.

Esto es precisamente lo que él no hace. Y es, precisamente, lo que ella percibe que él no hace, y es alrededor de ahí que gira ese momento crítico del análisis.”

Aída Dinerstein
Junio/2004